

# La feminización del trabajo y el DSM-V\*

## The Feminization of Labor and the DSM-5

**Kathleen S.G. Skott-Myhre**

**University of West Georgia (Estados Unidos)**

**Resumen.** En la reciente versión aprobada del Manual Diagnóstico y Estadístico de la Asociación Psiquiátrica Americana, hay un nuevo trastorno del estado de ánimo denominado “Trastorno Disfórico Premenstrual”. En este artículo se argumentará la relación tan estrecha de este diagnóstico con lo que ha sido llamado la feminización del trabajo, y cómo éste representa una forma ideológica de la guerra sobre los cuerpos de las mujeres. El trabajo discute que bajo el actual modo de producción, dicho ataque no está diseñado para desestimar la fuerza del cuerpo de la mujer (como solía ser en el capitalismo industrial), sino para disciplinar y moldear la fuerza afectiva de la sociabilidad de las mujeres a los deseos de nuevos modos de producción inmaterial. Por último, se argumentará a favor de una psicología “menor” en respuesta a estas tendencias.

**Palabras-clave:** trabajo, mujeres, DSM, diagnóstico, psicología

**Abstract.** In the recently published iteration of the Diagnostic and Statistical Manual, there is a new mood disorder called Premenstrual Dysphoric Disorder. This paper will argue that this diagnosis is closely related to what has been called the feminization of labor and represents an ideological form of warfare on women’s bodies. The paper will argue that under the current mode of production, such an attack is not designed to dismiss the force of the female body (as was so often the case under industrial capitalism) but to discipline and shape the affective force of women’s sociability to the desires of new modes of immaterial production. Finally, it will argue for a “minor” psychology in response to such trends.

**Key-words:** Labor, Women, DSM, Diagnosis, Psychology

Está claro que las relaciones sociales y económicas del capitalismo tardío han entrado en una transición muy polémica e inestable. Los detalles, el alcance y la naturaleza exacta de esta transición son opacos y se prestan a

---

\* Traducción de Laura Yaneli Albarrán Díaz y Francisco Javier Rocha Muro. Una versión anterior de este trabajo se presentó en el *Segundo Congreso Internacional de Marxismo y Psicología*, en la Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, México, 9-11 agosto del 2012.

la discusión. Sin embargo, parece evidente que los modos de producción, revolución, resistencia, opresión, explotación y de dominación están cambiando constantemente. La naturaleza precisa de la crisis puede ser confusa, pero no lo es el hecho de que ha dado lugar a una represión brutal, a movimientos de liberación, a flujos de personas, a diferentes modos de trabajo y redes de dominio capitalista internacional y a disidencia revolucionaria. Afirmaría que la crisis se manifiesta en la – actualmente en curso– guerra mundial y en la lucha insurreccional en toda la faz del planeta.

Esta lucha es profundamente polifacética y nos afecta a todos en diversos grados, tanto en sentidos comunes como en divergentes. Específicamente, para propósitos de este trabajo, me gustaría abordar un cambio en un determinado modo de dominación que ha sido diseñado para afectar a las mujeres. Como psicóloga feminista que ha pasado su carrera trabajando con mujeres que luchan por sobrevivir bajo el dominio dual, en gran medida integrado, del capitalismo y el patriarcado, hay dos tendencias que me preocupan profundamente. La primera es lo que ha sido llamado la “feminización del trabajo” (Hardt y Negri, 2011) y la segunda, el papel de complicidad de la psiquiatría y la psicología en este proceso. Antes de involucrarme en los detalles haré algunos comentarios generales sobre las participaciones políticas de las mujeres en el marco del régimen actual del capitalismo global en su etapa tardía.

En su libro *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Silvia Federici (2004) analiza los debates dentro del movimiento feminista respecto a las raíces de la opresión de las mujeres y qué tipo de estrategias políticas podrían ser apropiadas para lograr la liberación. Discute dos posiciones básicas, sin encontrar adecuada ninguna de ellas en la teorización de la explotación social y económica de las mujeres. La primera, es la posición de lo que llama las “feministas radicales”; la otra, la posición de lo que denomina las “feministas socialistas”. Federici sostiene que las feministas radicales fracasan porque se centran en la discriminación sexual y el dominio patriarcal, pero no enfocan las relaciones de clase ni las relaciones sociales.

Por otro lado, las feministas socialistas reconocen que existe una historia de las mujeres que no puede ser separada de la historia de los sistemas de explotación y dan prioridad a las mujeres en tanto trabajadoras, pero, como Federici sugiere, no reconocen la esfera de la reproducción como fuente de producción y explotación de valor. Las feministas socialistas miran a las mujeres como trabajadoras en el sentido clásico, en fábricas y en puestos de trabajo, pero no reconocen la esfera de la reproducción.

Federici coloca su atención en la idea de que la explotación de las mujeres ha sido un factor clave en la acumulación capitalista, ya que las mujeres han sido las productoras y reproductoras de la fuerza de trabajo.

Siguiendo a Mariarosa Dalla Costa, Federici dice que “el trabajo no-pagado de las mujeres en el hogar fue el pilar sobre el cual se construyó la explotación de los trabajadores asalariados, ‘la esclavitud del salario’, así como también ha sido el secreto de su productividad” (p. 8/p. 16). En *La ideología alemana*, Marx (1978/1974) también afirma, célebremente, que el origen de todas las formas de esclavitud y propiedad se pueden encontrar en la división del trabajo en la familia,

[...] la propiedad, cuyo primer germen, cuya forma inicial se contiene ya en la familia, donde la mujer y los hijos son esclavos del marido. La esclavitud, todavía muy rudimentaria, ciertamente, latente en la familia, es la primera forma de propiedad, que, por lo demás, ya aquí corresponde perfectamente a la definición de los modernos economistas, según la cual es el derecho a disponer de la fuerza de trabajo de otros (p. 159/ p. 33).

Michael Hardt y Antonio Negri (2011) articulan esta relación entre la servidumbre de género y la propiedad privada, bajo el actual modo de producción, en la feminización del trabajo. La feminización del trabajo se define como la expansión de aquellas tareas afectivas, relacionales y emocionales que son realizadas tradicionalmente por mujeres, siendo expandidas a lo largo de la fuerza de trabajo. Ellos argumentan que la distinción económica entre el trabajo productivo y reproductivo se está erosionando y que un peso nunca antes visto, cae sobre las mujeres de todo el mundo. Las mujeres deben llevar a cabo tareas emocionales tanto en el trabajo como en el hogar: “tender al resquemor, tejer relaciones sociales y por regla general dar cuidado y crianza” (p. 134/p. 147).

Esta expansión de la mano de obra de las mujeres, tanto en términos del número de mujeres en el mercado del trabajo asalariado como en el colapso de la distinción temporal entre el tiempo privado y el asalariado, ha tenido un enorme efecto en la forma en que las mujeres manejan sus vidas diarias. En particular, este cambio ha sido profundo para las mujeres que dependen del trabajo asalariado para su sustento y supervivencia. Ha abarcado una amplia gama de sectores y clases sociales, desde mujeres que participan en el trabajo migrante, la manufactura, el trabajo doméstico y el cuidado de ancianos hasta “mujeres profesionales” envueltas en roles directivos dentro de estructuras corporativas. Esta transición está basada en los incumplimientos de los movimientos de liberación de las mujeres, donde las luchas de las mujeres por la paridad económica y la justicia social fueron transmutadas por el capital en la necesidad de integrarlas a la fuerza de trabajo asalariada dentro de las escalas salariales más bajas.

La incorporación de la mujer al mundo laboral ha hecho poco para modificar la división fundamental del trabajo en la familia descrita por Marx. A pesar de los impulsos de Dalla Costa y James (1975), entre otros, para asalariar el trabajo doméstico, el trabajo secreto de las mujeres sigue teniendo mucho de secreto. Esto no quiere decir que no ha habido un

debate sobre el grado en que los hombres deben participar en la gestión de la esfera doméstica, pero la relación colonial fundamental del capital con la reproducción social sigue siendo oscurecida. Federici (2004) sostiene que esta relación es una cuestión de la forma en que el trabajo no remunerado de las mujeres en el hogar es en gran parte responsable de la reproducción de los trabajadores físicos, tanto en términos de la función social y cultural como en el del nacimiento como tal. Federici dice que la diferencia de poderes entre hombres y mujeres en la sociedad capitalista no puede ser atribuida a la irrelevancia de las tareas del hogar para la acumulación capitalista. Irrelevancia que no es irrelevante por todas las reglas, leyes, restricciones y medidas disciplinarias que van a tratar de controlar los derechos reproductivos de las mujeres, el control de las mujeres sobre sus cuerpos y sobre cómo las mujeres crían a sus hijos.

En nuestro libro, *Writing the Family: Women, Autoethnography and Family Work*<sup>1</sup> (Skott-Myhre, et. al. 2012), Korinne Weima discute lo que Donzelot denomina el complejo psi. Ella delinea cómo los programas de entrevistas y la psicología juegan un papel importante, tomando el control sobre la esfera privada y convirtiendo a las mujeres en las encargadas de la disciplina de los niños a nombre de la sociedad. También argumenta que esto se puede ver en la yuxtaposición de la incompetente madre soltera, responsable de producir criminales y delincuentes; y la mamá ama de casa exitosa, que es responsable de producir lo lícito y lo virtuoso. Todos estos íconos que tienen que ver con ser representantes de la moral de la sociedad y la moral del Estado, caen en gran parte en las mujeres en tanto madres.

La expansión de la esfera privada a través de la apropiación de las madres como instrumentos del Estado, en términos de higiene moral y psicológica, ha hecho metástasis en virtud de los nuevos modos de producción promovidos y explotados por el capitalismo global postmoderno. En este momento histórico, tanto Foucault (1995) como Gilles Deleuze (1995) nos dicen que los recintos disciplinarios tradicionales de la modernidad (la fábrica, el hogar y el lugar de trabajo) se abren y comienzan a extenderse por todo el campo de lo social.

Un ejemplo de enclaustramiento de la modernidad que se extiende de esta manera lo podemos encontrar en el hospital psiquiátrico. El hospital psiquiátrico es, en un principio, un manicomio cerrado para las personas que viven en su interior. Con el paso del capitalismo industrial al ciber-capitalismo global, los anticuados manicomios son clausurados y la locura se propaga de cara a la sociedad llamándola liberación. En realidad, lo que pasa es que más personas comienzan a ser incluidas en la categoría de locura. Somos capaces de diagnosticar a más personas y a darles un mayor número de medicamentos. De hecho, todavía hay manicomios, pero impulsados por las necesidades de los inversores y son cada vez más

---

<sup>1</sup> *Escribiendo la Familia: Mujeres, autoetnografía y trabajo familia.*

flexibles en intención y duración. Lo que ha sucedido es que el espacio cerrado del manicomio, como recinto disciplinario, se ha convertido en el manicomio global en el que ahora *todo el mundo* está dentro y, por tanto, cada uno es un centro de beneficios para las industrias farmacéuticas y de atención médica administrada corporativamente.

En consecuencia, los espacios cerrados de la reproducción social en el hogar, en los que las mujeres siempre han llevado a cabo el trabajo no remunerado, son abiertas y sus funciones son distribuidas en todos los sectores de la sociedad. Ahora, la gestión de los afectos, los derechos reproductivos de los cuerpos y el control de la natalidad dejan de ser asuntos privados (en la medida en que han sido siempre un asunto privado) que ocurren en el hogar bajo el control de las mujeres. En su lugar, están en todas partes en la esfera de la explotación, apropiación y disciplina capitalista. Es importante destacar la relación entre el manicomio y el hogar como lugares paralelos de higiene moral y psicológica, cuyas funciones y funcionarios se distribuyen a lo largo de lo social. Lo que Foucault (1995) llamaría los esquemas sociales del manicomio y del hogar son ocupados cada vez más por las estructuras corporativas y sus instrumentos de marketing. La resonancia afectiva del restaurante de comida rápida o la cadena de moteles se comercializa como un refugio seguro del mundo (un hogar) y, a la vez, como un espacio de respiro psicológico donde los padres y los niños pueden reunirse en un espacio moral y físicamente higiénico (un manicomio).

Como era de esperar, la figura predominante en los anuncios sobre crianza y cuidado en estos retratos míticos del paraíso capitalista son mujeres en edad fértil. Las que se escapan de esa comercialización de mujeres como cuidadoras de la familia de todo el mundo son esas que Federici (2004/2010) señala como, “la hereje, la curandera, la esposa desobediente, la mujer que se anima a vivir sola, la mujer *obeha* que envenenaba la comida del amo e inspiraba a los esclavos a rebelarse” (p. 11/p. 22). Mujeres como estas –que no realizan las tareas afectivas, emocionales ni relacionales que les son asignadas– son, como Hardt y Negri (2011) notan, retratadas como “una especie de monstruo” (p. 134/p. 147).

¿Y quiénes son los monstruos? Federici (2004/2010) apunta a los ataques contra los trabajadores migrantes y el regreso de las “cacerías de brujas” en América Central y del Sur, así como en África. Se pregunta: “¿Por qué, después de 500 años de dominio del capital, a comienzos del tercer milenio aún hay trabajadores que son masivamente definidos como pobres, brujas y bandoleros?” (p. 19/p. 22). Incluso en este período del siglo XXI en transición al trabajo supuestamente inmaterial, las poblaciones más amenazadas son, una vez más, los pobres y las mujeres. Como prueba, sólo se necesita echar un vistazo a la agenda republicana de Estados Unidos, a los ataques legales a los derechos reproductivos y a la

concesión de la libertad cuando se comete una violación. En su análisis de este fenómeno, Federici establece un paralelo entre la función social de la cacería de brujas en la transición del feudalismo al capitalismo y los ataques contemporáneos a la mujer:

Existe un acuerdo generalizado sobre el hecho de que la caza de brujas trató de destruir el control que las mujeres habían ejercido sobre su función reproductiva y que sirvió para allanar el camino al desarrollo de un régimen patriarcal más opresivo. Se defiende también que la caza de brujas estaba arraigada en las transformaciones sociales que acompañaron el surgimiento del capitalismo. Sin embargo, las circunstancias históricas específicas bajo las cuales la persecución de brujas se desarrolló y las razones por las que el surgimiento del capitalismo exigió un ataque genocida contra las mujeres aún no han sido investigadas. (p. 14/p. 26).

En nuestra propia época histórica, el fenómeno de la cacería de brujas –ya sea en sentido literal o en el frenesí de los medios sobre varias permutaciones de la maternidad incompetente o mala– incluye series como *La Niñera* y representaciones de neonaticidio y filicidio. Sin lugar a dudas, la madre monstruosa que mata a sus hijos no es tan poco común como sugiere el reportero Trish Mahaffey en un artículo de periódico de 2010 (Mahaffey, 2010). En América del Norte son comunes los retratos de mujeres pintadas como crueles, insensibles y ocasionales consumidoras del aborto, tal como un meme reciente muestra a la feminista Gloria Steinem sonriendo y portando una playera con la frase “¡Tuve un aborto!” sin ningún reconocimiento del contexto del filme documental de la foto. Claramente, los monstruos y las brujas están en aumento.

¿Por qué este ataque a las emociones de la mujer, a los derechos reproductivos y a las protecciones sexuales ante la violación y la agresión sexual? ¿Por qué hay un aumento de los ataques a brujas en las regiones en desarrollo del mundo y por qué hay un nuevo ataque genocida contra las mujeres en diversas formas en el mundo?

Bien podríamos argumentar que está directamente relacionado con el deseo de controlar la fuerza afectiva de las mujeres al momento de entrar en una mayor participación en la economía mundial asalariada. Federici (2004/2010) sostiene que “la persecución de las brujas (al igual que la trata de esclavos y los cercamientos) constituyó un aspecto central de la acumulación y la formación del proletariado moderno” (p. 14/ p.26). Asimismo, y en este período actual, las mujeres son responsables de la producción de un nuevo tipo de trabajador y de una nueva forma de proletariado. En este sentido, las mujeres siguen siendo fundamentales para la reproducción social de los trabajadores físicos, así como de los roles sociales que los trabajadores van a heredar. Es evidente que “las actividades asociadas a la ‘reproducción’ siguen siendo un terreno de lucha fundamental para las mujeres” (p. 14/p. 27).

Las formas en que este papel ha sido disciplinado y gestionado a través de diversos sistemas económicos y sociales, incluyen mecanismos tales como el rango de ordenamiento de las facultades humanas y la concepción del cuerpo como un sitio de perversidad y peligro. Los cuerpos y afectos de las mujeres siguen siendo muy sospechosos, necesitados de corrección y disciplina. Si el desarrollo actual de las mujeres a lo largo del mundo salarial incluye, como Hardt y Negri (2011) proponen, una expansión del rol tradicional de criadora y cuidadora, entonces ¿cuáles son los mecanismos para controlar y canalizar este conjunto de funciones? Si las mujeres son liberadas de los límites de la casa, ¿de qué maneras se explota este trabajo afectivo recién liberado?

Podemos ver ejemplos de esto en todo el entorno corporativo con la expansión del entrenamiento de habilidades sociales y el manejo afectivo. Ya no se trata sólo de la producción de bienes y servicios, sino, literalmente, de la producción de relaciones sociales. Las redes sociales, por ejemplo, la importancia de los equipos en el trabajo, que sea necesario tomar cursos para manejar la ira y que todas estas funciones anteriores, que fueron relegadas a la casa o a los consultorios psicológicos, ahora llegan a los puestos de trabajo. Los trabajadores ahora tienen que manejar sus sentimientos; aprender a ser felices en el trabajo se convierte ahora en una parte de su “empleo” y de su evaluación. No importa qué tan bien ejecute una máquina mientras sea un “jugador del equipo”, tenga buenas habilidades sociales y se pueda comunicar eficazmente. Por otra parte, la administración de esto recae cada vez más en las mujeres, tanto al nivel de la planta de producción como en los mandos medios dentro de los departamentos de recursos humanos.

Si el trabajo afectivo se convierte en una parte central del trabajo asalariado, entonces no es dar un gran salto asumir que las empresas farmacéuticas y sus aliados clínicos en psiquiatría y psicología no están muy lejos de lo mismo. Si se sigue el precedente histórico, podemos suponer que será la mujer y los pobres los que servirán como los conejillos de indias para los nuevos diagnósticos y tratamientos. Sin duda, para las mujeres esto incluirá la disciplina y la gestión del rol de reproducción social, tanto en casa como en el lugar de trabajo.

En la reciente versión aprobada del Manual Diagnóstico y Estadístico de la Asociación Psiquiátrica Americana, hay un nuevo trastorno del ánimo denominado Trastorno Disfórico Premenstrual (APA DSM-V). El hecho de que se haya trasladado del Apéndice B del DSM-IV a una categoría completa ha sido un punto de mucha controversia. El diagnóstico incluye una lista de quejas, que incluyen irritabilidad, enojo o el aumento de conflictos interpersonales, ansiedad intensa, tensión y la sensación de estar “rebasada” o “fuera de control”. Además, hay síntomas que están asociados con la angustia clínicamente significativa o interferencias con el trabajo, la escuela, actividades sociales habituales o

las relaciones con los otros (por ejemplo, evitación de las actividades sociales, la disminución de la productividad o eficiencia en el trabajo, la escuela o el hogar).

Para interés nuestro, hay dos componentes de este diagnóstico: 1) el hecho de que está dirigido a las mujeres en edad fértil (madres potenciales) y 2) que patologiza cualquier afecto que pueda interferir con el trabajo, la escuela, las actividades sociales habituales o las relaciones. Estos dos aspectos del diagnóstico se cruzan en el punto del cuerpo femenino. Como Ian Parker (2007) apunta, no hay ninguna consideración de la génesis social de estos afectos problemáticos. La posibilidad de que una mujer que vive en las condiciones que hemos descrito pueda experimentar un poco de “irritabilidad, enojo o aumento de conflictos interpersonales, ansiedad marcada, tensión, sensación de estar ‘rebasada’ o ‘fuera de control’” es evadida por el hecho de que esta mujer está teniendo su periodo. Se trata de una reversión impresionante de la clásica conversación de maridos en un bar sobre las quejas de sus esposas –“bueno, probablemente ya le bajó”. Sólo que aquí tenemos un diagnóstico psiquiátrico que lleva esto fuera de la esfera doméstica y cínicamente reconoce los nuevos roles que las mujeres desempeñan en el trabajo, la escuela, las actividades sociales y las relaciones múltiples. Sin embargo, con el fin de estar sana, la mujer debe mantener su papel primordial de feliz cuidadora y criadora o si eso no es posible, no debe dejar que la disforia interfiera con su trabajo de reproducción social.

Este tipo de diagnóstico reconfigura un viejo patrón en la relación de la psiquiatría, la psicología, el psicoanálisis y las mujeres. Es, una vez más, un nuevo esfuerzo para silenciar a la “hereje... la esposa desobediente... la mujer *obeah* que envenenaba la comida del amo e inspiraba a los esclavos a rebelarse” (Federici 2004/2010, p.11/ p.22). La pregunta para mí, como psicóloga crítica, es cómo desafiar esta narrativa, cómo proclamar mi apostasía y desobediencia y cómo unirme a mis hermanas para pedir que se ponga fin a la caza de brujas y girar la psicología sobre sus pies. Debemos encontrar la manera de envenenar al capitalismo en la fuente de su sustento. Ya que sabemos que es un sistema parasitario, nuestro incumplimiento y negativa a producir un capitalismo social aún más brutal se ha vuelto nuestro veneno. En su lugar, debemos asumir las formas curativas de las mujeres *obeha* e inspirar a la rebelión y a la insurrección.

La relación entre curación y envenenamiento puede ser a veces una cuestión sutil y matizada de cómo se combinan y administran los ingredientes. La misma sustancia que se aplica en un caso con cierta dosis puede conducir a la recuperación o, con una dosificación diferente, a la muerte. La fuerza o debilidad corporal idiosincrática del paciente deben tenerse en cuenta, así como la dosis moderada de acuerdo a dichas características. Los aspectos imprevisibles y contingentes de la



combinación entre el organismo y la sustancia administrada han confundido a los envenenadores y curanderos a través de la historia. Es este complejo conjunto de relaciones que produce el cambio y la producción, tanto impredecible como inestable. El curandero puede convertirse en envenenador intencionalmente o no.

Haríamos bien en atender la advertencia de Eugene Holland (2012) cuando sugiere que la rebelión y la insurrección mejor podrían ser consideradas como el desarrollo en cámara lenta de formas alternativas de vivir, en lugar de rupturas violentas en contra de la forma dominante de gobernabilidad. Me atrevería a afirmar que esto es particularmente cierto en el papel de la mujer en el ámbito de la producción social.

La cuestión de envenenar un parásito sin dañar el organismo huésped es un asunto delicado. El capitalismo y sus mecanismos distributivos ideológicos, como la psicología, funcionan produciendo una relación pseudo-simbiótica con el huésped. En el caso de la psicología, esto se logra a través de la asimilación de los mecanismos reales de la producción social, tradicionalmente realizados por las mujeres. Las funciones de la atención, el cuidado y la inculcación de hábitos culturales, que han sido producidas y sostenidas a lo largo de milenios por las mujeres, son apropiadas por la psicología y distribuidas nuevamente como un proyecto pseudo-mutuo.

Para que esto funcione, las mujeres deben recibir ayuda para llegar a comprender que siempre han carecido de competencia en estas áreas y que necesitan ayuda profesional. Ciertamente, la psicología como disciplina no tiene experiencia en las realidades del rol de la mujer en el día a día de la producción social. La disciplina es totalmente dependiente de la apropiación de la información sobre estos procesos, obtenida a fuerza de entrometerse en la experiencia de vida de las mujeres<sup>2</sup>. El punto de acceso de dichas intrusiones, como todos los conjuntos parasitarios, surge por un proceso de debilitamiento del huésped. Para las mujeres, el parásito cultural de la psicología debilita al huésped a través de la inducción de duda y profunda inseguridad. Podemos ver esto en la larga tradición de teorías y prácticas psicoanalíticas y psicológicas que producen las actividades de las mujeres como la raíz de la patología.

Lo que es importante para nuestra discusión es que el parásito cultural de la psicología finge una función de curación, cuando en realidad sus actividades son tóxicas para el bienestar del huésped. La relación pseudo-simbiótica induce al huésped a creer que existe una necesidad de compromiso continuo con el parásito para que, de esta forma, pueda mantenerse saludable. Por supuesto, el anverso es de lo que se trata; gran parte del malestar del huésped se debe a la invasión del parásito. Podemos

---

<sup>2</sup> Esto no quiere decir que no hay psicólogas que tengan experiencia directa en estos asuntos. Lo que queremos decir es que la psicología hace todo lo posible para silenciar o desviar cualquier contabilidad subjetiva hecha por psicólogas mujeres a un estudio científico objetivo.

verlo en nuestro previo ejemplo de la nueva iteración del DSM-V y del diagnóstico del Trastorno Disfórico Premenstrual. Esta medicalización de la experiencia afectiva de la mujer implica fuertemente la falta de capacidad por parte de ellas mismas para administrar sus propios cuerpos y afectos.

Holland (2012) señala que uno de los elementos clave en la expansión de los regímenes capitalistas de control es el ataque contra todas las formas de auto-suministro. Argumenta que la poderosa mediación del dinero sólo puede sostenerse si toda capacidad de auto-sustento se traduce en las relaciones salariales y la plusvalía. No puede haber ningún elemento de lo social que esté compuesto por el valor de uso sin la mediación del mercado capitalista. Con mayor frecuencia, como he argumentado anteriormente, esto se extiende en todos los modos de producción social como la feminización del trabajo. Incluso las experiencias físicas afectivas más íntimas deben mercantilizarse y controlarse. La capacidad para proveer cuidado o curación, debe ser traducida a una forma monetaria. El cuidado no puede dejarse en manos de uno mismo.

Para asegurar que una relación pseudo-simbiótica apropiada sustente este conjunto mediado de relaciones, el yo es individuado y alienado de las posibilidades colectivas de cuidado de sí. Las mujeres han dirigido colectivamente actividades premenstruales y menstruales, durante incontables generaciones, de la misma manera en que hemos dirigido colectivamente la reproducción social<sup>3</sup>. Sin embargo, en los conjuntos de relaciones parasitarias que estamos analizando, la disforia premenstrual se convierte en la provincia de la atención médica capitalizada con fines de lucro en lugar de convertirse en dominio de auto-suministro colectivo. Cada mujer debe lidiar sola con su “problema” en la intimidad de la sala de consulta con un profesional entrenado y con la posibilidad de un tratamiento “eficaz” basado en evidencia y mediación química.

La fuerza de este enredo simbiótico de la psicología, el capitalismo, la producción social y la salud de las mujeres ha ido despiadadamente avanzado y ampliándose a lo largo de muchos años. Para desenmarañarnos, así como para matar de hambre o envenenar al parásito, requerimos una experimentación cuidadosa y estratégica. Entonces, ¿cómo podemos, como mujeres, recuperar nuestra capacidad de auto-suministro y nuestra colectividad?

Yo propondría que la historia de lucha de las mujeres, tanto contra las relaciones de poder capitalistas como contra los mecanismos de apropiación y de explotación de la acumulación primitiva, demuestra

---

<sup>3</sup> El movimiento en favor de la salud reproductiva del colectivo de mujeres era el sello distintivo del movimiento de liberación de las mujeres emergente a finales de los años 60 y principios de los 70. Ver *Our Bodies, Ourselves* (*Nuestros cuerpos, Nosotras*) y el trabajo en curso de la planificación familiar (ahora bajo los tipos de ataque y demonización discutidos arriba).

claramente que no estamos limitados a la arquitectura social del deseo escindido, promovido por lo que Marx (1978) denomina como la escena primaria de todas las formas de esclavitud que le siguieron. Aunque el papel de la mujer en la producción social dentro de la familia puede ser visto como pervertido y distorsionado por la disciplina patriarcal y económica, no habría necesidad de tales niveles de control si la fuerza de la mujer no estuviera constantemente excediendo cualquier intento de dominación. Como sabemos por Deleuze (1995) y Negri (1996), en su escrito basado en el *Marx de los Grundrisse*, todas las formas sociales tienen un conjunto de capacidades para la dominación y el control. Sin embargo, igual de importante es que también expresan un ímpetu creativo que los sistemas dominantes tratan de aprovechar. Es importante tener en cuenta que las fuerzas ontológicas de producción siempre superan la capacidad de los sistemas dominantes para contener esta fuerza. El papel subversivo de las mujeres en la continua producción de lo social –evidente en los sujetos desviados e inclusivos de sí mismos que deben ser tanto demonizados como marginados– es un ejemplo de la fuerza revolucionaria ontológica de convertirse en otro. Parte de la estrategia para desentrañarnos del compromiso parasitario con el capitalismo y la psicología, es involucrar una nueva forma de lo psicológico que funcione fuera de los regímenes de la lógica capitalista. De la misma manera en que Deleuze y Guattari (1986) abogan por el desarrollo de una “literatura menor”, me gustaría hacer un llamado a una “psicología menor”.

Una psicología menor tendría las mismas características que una literatura menor. En primer lugar, no vendría de un pequeño conjunto de marcos conceptuales o de teorías sobre la experiencia humana; en su lugar, se compondría de las formas en que las personas construyen su experiencia dentro de un gran sistema de dominación y control. A tal grado, que estaría compuesto por “un fuerte coeficiente de desterritorialización” (Deleuze y Guattari, 1986/1990, p. 16/p. 28). Para repensar de esta forma el rol de la mujer en la producción social debemos empeñarnos en una psicología menor como mecanismo para explorar las formas en que la experiencia de las mujeres se construye como una imposibilidad constitutiva dentro de los marcos patriarcales capitalistas. En otras palabras, una psicología menor investigaría las formas en que las mujeres producen continuamente una alternativa social ante todos los esfuerzos para reprimir y negar esta posibilidad.

En segundo lugar, en una psicología menor “todo es político” (Deleuze y Guattari, 1986/1990 p.17/p. 29), mientras que en una “psicología mayor” las luchas de las mujeres son individualizadas y contextualizadas en las estructuras sociales normativas y en las expectativas. La actualidad de las relaciones sociales y la experiencia sólo sirven como telón de fondo o ambiente que pueden, o no pueden, influenciar la psicología del individuo. En una psicología menor, toda inquietud individual “se conecta de inmediato con la política” (p. 17/p. 29).

Las luchas y preocupaciones individuales “se vuelven tanto más necesarias, indispensables, agrandadas en el microscopio, cuanto que es un problema muy distinto en el que se remueve en su interior” (p.17/p. 29). Una psicología menor tomaría en serio las consideraciones subjetivas de experiencia y dilucidaría las formas en que estas luchas se conectan a todos los demás sistemas sociales que, o bien, valorizan, o suprimen la validez de cada historia individual. Las consideraciones subjetivas de experiencia –actualmente relegadas al reino de los datos brutos para ser procesados en un hecho objetivo– se valorarían como esenciales para la comprensión de nosotros mismos, no como hechos, sino como una fuerza productiva viviente.

Esta concientización en desarrollo de la comunidad, no a través de la abstracción sino a través de la experiencia idiosincrática y conectada, nos lleva a la tercera característica de una psicología menor: “todo adquiere un valor colectivo” (p.17/p.30). En el sentido más simple, esto se refiere a un reconocimiento de que no hay capacidad real para comprender un cuerpo separado de otros cuerpos. Lo que le sucede a uno tiene valor para todos. No se trata de proponer un sometimiento del individuo a cualquier voluntad colectiva o de la identidad al Partido o al Estado o a alguna forma de política de la identidad. Tampoco se trata de perseguir la construcción de sistemas o entornos para ver la manera en que impacten en el desarrollo o el bienestar del individuo como lo hacen las psicologías mayores. En su lugar, una psicología menor exploraría la rica trama de la vida interconectada como un campo de ensamblajes complejos que poseen fuerza política y social.

Aquí estamos en el reino de lo que Hardt y Negri (2011) han referido como “lo común”. Definen lo común como estando compuesto de todos los elementos del mundo material del que dependemos para nuestro sustento, así como todos los elementos de la producción social: “saberes, lenguajes, información, afectos” (p.viii/ p. 10). Sugieren que lo común no depende de los modos de separación, sino más bien de las “prácticas de interacción, cuidado y cohabitación en un mundo común” (p. viii/ p. 10).

En estos términos, una psicología menor investigaría las formas en que podemos subvertir los modos de comando y control asentados en la división y jerarquía. Sería reconocer la diferencia, pero no en términos abstractos o jerárquicos; más bien, la diferencia se entendería en términos diferenciales y de capacidades productivas complementarias que podrían ser objeto de un propósito común. Se valorizarían y buscarían formas de conectividad y auto-suministro colectivo en los ámbitos de bienestar emocional y psicológico.

Una psicología menor no puede ser la provincia de ningún conjunto de prácticas mayoritarias, teorías o aparatos disciplinarios. Opera tácticamente por debajo de la superficie de la psicología mayor en la reconfiguración diaria de las nuevas colectividades. No busca conceptos

universales ni una trayectoria teleológica en particular. Es un proyecto nómade, tal como fue establecido por Deleuze y Guattari (1987) y extendido por las feministas nómades como Rosi Braidotti (1994). Las características de un feminismo nómade tiene claras implicaciones para las formas en que las mujeres podrían construir una psicología menor como lo que Deleuze y Guattari llaman una estructura rizomática: un conjunto de prácticas sociales que se propagan, sin ningún punto central de origen, en todas las direcciones al mismo tiempo bajo la superficie. Como un rizoma, la psicología menor se compone de un número infinito de actos de transgresión creativa por las mujeres de todo el mundo y se conecta a través de una multiplicidad de encuentros productivos y de colisiones. Es organizativamente contingente y no tiene una forma estable, pero actúa como un lugar de enunciación colectiva indeterminada de deseo insurreccional.

El feminismo nómade de Braidotti (1994) extiende la noción de una organización rizomática a través de una forma nómade de transformación política vista desde el concepto de nómada de Deleuze y Guattari (1987). Ella convoca a un enfoque táctico de identidad que permita a los sujetos operar y moverse a través de los espacios ocupados, al tiempo que eluden la captura por violaciones consistentes de los axiomas dominantes de tales espacios. Lo que hay que señalar, es que las operaciones tácticas que emprenden violaciones dentro de un régimen dominante, como en el capitalismo, dependen en gran medida de la reescritura del código axiomático de todo lo que encuentran y necesitan dar cuenta de lo que Deleuze y Guattari llaman contraseñas. Dichas contraseñas constituyen la producción de una recodificación alternativa del axioma fundamental capitalista: la forma de dinero. Tal recodificación tiene su premisa en el fracaso del axioma capitalista para captar al máximo la fuerza del deseo viviente de lo material. Es en este exceso de fuerza que las nuevas formas de sociabilidad exceden el alcance de la re-codificación capitalista. Dichas contraseñas deben ser transitorias para evitar ser re-capturadas y axiomatizadas en el dominio expansionista del capitalismo global.

Para Braidotti, el nómade funciona a través de los tipos de conexiones contingentes y la constante reconfiguración social que he delineado como rizomática. Sin embargo, la nómade no renuncia a:

[...] crear aquellas bases estables y tranquilizadoras para la identidad que le permiten a cada uno desenvolverse en una comunidad. Antes bien, la conciencia nómade consiste en no adoptar ningún tipo de identidad como permanente. El nómade sólo está de paso: él/ella establece esas conexiones necesariamente situadas que lo/la ayudan a sobrevivir, pero nunca acepta plenamente los límites de una identidad [nacional] fija. (1994/2000, p. 33/p. 74).

Tácticamente, la propuesta política de Braidotti se funda en el reconocimiento de una política menor con una resonancia significativa para la psicología menor que hemos estado esbozando. Una política

nómade menor involucra al sujeto en ambas tácticas políticas: macro y micro. Por un lado, una política más amplia de compromiso con las políticas mayores –que aspiran a reconfigurar y subvertir los axiomas dominantes mediante la construcción de la solidaridad entre las poblaciones subyugadas– se basa en las propias definiciones de exclusión que definen a estas poblaciones. Por otro lado, se propone ensamblar un registro menor donde haya: “la figuración para el tipo de sujeto que ha renunciado a toda idea, deseo o nostalgia por la fijeza [ello] expresa el deseo de una identidad hecha de transiciones, cambios sucesivos [...] sin y en contra de una unidad esencial” (Braidotti 1994, p. 23).

En términos de la psicología menor que hemos estado describiendo, la propuesta de Braidotti para un feminismo nómade sugiere que nuestras tácticas en relación a la psicología mayor deben dar cuenta de su capacidad de recodificar nuestra experiencia vivida al lenguaje capitalista. Es decir, que la psicología mayor puede tratar de convertir todas nuestras actividades en axiomas del trabajo asalariado. En este sentido, la feminización del trabajo no se puede explicar en términos de revuelta simplemente afirmando los derechos de las mujeres para ser remuneradas por las actividades de la reproducción social. Si bien parece ser una macro-táctica razonable para mejorar las condiciones generales de vida para las mujeres en el contexto más amplio de lo social capitalista, es sólo una táctica parcial. El papel de la psicología mayor bien podría ser visto como la apertura de una codificación de las mujeres como trabajadoras sociales que operan dentro del código del buen trabajador. Como hemos señalado, el Trastorno Disfórico Premenstrual del DSM-V parece establecer las condiciones por las que las mujeres son vistas como deficientes afectiva y socialmente, precisamente en el momento en que se convierten en lo que Negri ha llamado “trabajo social” (1996). Mientras que un asalto directo y frontal contra el lenguaje mayoritario de este diagnóstico, a través de las protestas de las psicólogas feministas y sus aliados, es importante y tácticamente necesario, también es una medida temporal y parcial.

La producción de una psicología menor es la otra parte de la táctica, subvierte la axiomática dominante a través de la producción viva de la reproducción social nómade y rizomática, mediante la producción de espacios alternativos basados en la experimentación de nuevas formas sociales. Sin embargo, este tipo de trabajo requiere que el parásito dentro de nosotros sea envenenado o expulsado. Tal vez la táctica más profunda aquí sea crear un entorno tóxico para el parásito. Propongo que esto se puede hacer mediante una cuidadosa experimentación, bajo la superficie, a través de la experiencia colectiva vivida de las mujeres. Es en la capacidad para descubrir el auto-suministro colectivo de nuestro bienestar físico y emocional, que re-produciremos una sociabilidad que envenene al capitalismo y a su psicología subordinada y abra el organismo social a la nueva vida: a una nueva capacidad y a un mundo que está por venir.

## Referencias

- American Psychiatric Association: DSM-5 Development. Premenstrual dysphoric disorder. Tomado de <http://www.dsm5.org/proposedrevision/pages/proposedrevision.aspx?rid=484>.
- Braidotti, R. (1994). *Nomadic subjects: Embodiment and sexual difference in contemporary feminist theory*. New York: Columbia University Press. [Hay versión en español: Braidotti, R. (2000). *Sujetos nómades*. Argentina: Paidós.]
- Dalla Costa, M. y James, S. (1975). *The power of women and the subversion of Community*. London, England: Butler y Tanner.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1986). *Kafka: Toward a minor literature*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press. [Hay versión en español: Deleuze, G. y Guattari, F. (1983) *Kafka: por una literatura menor*. México DF: Era.]
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1987). *A thousand plateaus: Capitalism and schizophrenia*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press. [Hay versión en español: Deleuze, G. & Guattari, F. (2006) *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.]
- Deleuze, G. (1995). *Negotiations 1972-1990*. New York: Columbia University Press. [Hay versión en español: Deleuze, G. (1995) *Conversaciones*. Barcelona: Pre-textos.]
- Foucault, M. (1995). *Discipline and punish: The birth of the prison*. New York: Vintage. [Hay versión en español: Foucault, M. (1986). *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI.]
- Federici, S. (2004). *Caliban and the witch: The body and primitive accumulation*. Brooklyn, New York: Autonomedia. [Hay versión en español: Federici, S. (2010) *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.]
- Hardt, M. y Negri, A. (2011). *Commonwealth*. Cambridge: Belknap Press. [Hay versión en español: Hardt, M. y Negri, A. (2011). *Commonwealth. El Proyecto de una revolución del común*. Madrid: Ediciones Akal.]
- Holland, H. (2011). *Nomad citizenship: Free-market communism and the slow-motion general strike*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Mahaffey, T. (June 18, 2010). Mother's who kill their children aren't so uncommon. *The Gazette*. Tomado de

<http://thegazette.com/2010/06/18/mothers-who-kill-their-children-isn%E2%80%99t-so-uncommon/>

- Makdisi, S., Casarino, C., & Karl, R. (1995). *Marxism beyond Marxism*. New York, NY: Routledge.
- Marx, K. (1978). The German ideology. In *The Marx Engels Reader*. (R.C. Tucker Ed.) New York: W.W. Norton. [Hay versión en español: Marx, K. (1974) *La ideología alemana*. Montevideo: Pueblos Unidos.]
- Negri, A. (1996). *Marx beyond Marx: Lessons on the Grundrisse*. Brooklyn, NY: Autonomedia. [Hay versión en español: Negri, A. (2000) *Marx más allá de Marx: nuevas lecciones sobre los Grundrisse*. Buenos Aires: Universidad de Texas.]
- Parker, I. (2007). *Revolution in psychology: Alienation to emancipation*. London, England: Pluto Press.
- Skott-Myhre, K. S. G. Weima, K., & Gibbs, H. (2012) *Writing the family: Women, autoethnography and family work*. Boston: Sense Publishers.

---

Fecha de recepción: 29 de noviembre 2014

Fecha de aceptación: 3 de marzo 2015